



BIBLIOTECA DE AUTOR

**WITEK SPALA**

*Cambio de andén*

*Los despojos de una guerra*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**WITEK SPALA**

*Cambio de andén*

*Los despojos de una guerra*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

*A Camila y Tomás*



*Porque lo mismo que  
cuando estuvo prisionero en la guerra,  
y todavía más después de volver de allí,  
se aferraba siempre, en el último momento,  
a lo que decía Tales, el filósofo griego,  
uno de los héroes de su adolescencia, que sostenía que  
no existe diferencia entre la vida y la muerte, y que  
cuando le preguntaban por qué entonces no escogía la muerte,  
respondía, por eso mismo, porque no hay ninguna diferencia.*

David Grossman, *La vida entera*

Hace un rato, llegué y miré la luz del contestador telefónico. Apagado. No existen los milagros. Me gusta el silencio de la noche, me baja, pero necesito música y whisky, más whisky que música. Importado; Pink Floyd, Louis Armstrong, Miles Davis, Mozart, Schubert o Piazzolla y D'Arienzo. Este año se cumplen treinta y dos años desde que volvimos de Malvinas. Treinta y dos años. Ahora no estaría bebiendo solo, estaría cambiando el andar de las agujas del reloj por el llenado de los vasos de whisky con Héctor, uno para cada uno, hasta que la borrachera nos dejara mudos en el sueño del olvido. O jugaríamos al ajedrez y saldrían anécdotas y recuerdos en los que nos hundiríamos. Ahora mis fantasmas juegan al solitario. Soy las cartas que se desparraman en la escritura. Escribiré por las noches, mientras la embriaguez no me arranque las fuerzas y me lleve a la cama. Héctor Wasilek murió hace dos semanas. Dicen que murió, yo sé que se mató.

¿Un cambio de andén? Manos congeladas sobre el teclado. La notebook encendida, el Word en la pantalla

y una hoja en blanco, como mi mente ahora. Tipeo y borro. Durante el día, mientras estaba en la oficina y trataba de hacer algo del trabajo, digo «trataba» porque no siempre lo logro, pensaba que era buena la idea de escribir. Me daba ánimo, y me convencía: «Hoy arranco». En casa, cómodo, con el vaso y la botella a un costado, con Pink Floyd de fondo, y sentado frente a la computadora, la maldita me espanta. Me levanto, enciendo el enésimo cigarrillo. Voy y vengo. Muevo una pieza del ajedrez que está sobre la mesa. Vuelvo, me siento, miro la pantalla. No soy escritor ni pretendo serlo. Digo: «Es solo un diario, una bitácora o como se quiera». Debo relajarme y escribir lo que vivo, lo que pienso y, principalmente, lo que pasó. Que salga lo que salga. Pato o gallareta. Un presente con grilletes del pasado. Un abismo hacia el futuro.

Otro día igual. Igual regreso. Hábitos rutinarios. Cerrar con llave. Sacar los cigarrillos y el encendedor del saco, colgar el saco en el perchero de la entrada. Levantar la persiana. Mirar el contestador. Hace dos semanas que dejó de parpadear. Aprieto la tecla. Escucho el último mensaje de mi madre: «Pabli, llamame, quiero saber cómo estás». Después, el de Héctor: «Che, voy para allá. Llevo empanadas». Son los últimos registros de sus voces. Estas evocaciones llegan por el oído. Las fotos, por la vista. Las junto, y tengo algo más que fantasmas en mi mente. Varias veces amagué con sacar el contestador, al fin de cuentas es un aparato que ya nadie utiliza. Mi madre y Héctor no usaban celular. Mi madre porque decía

que si hasta ese momento no lo había hecho, para qué lo querría entonces. Algunas veces, intenté convencerla, pero me ganó por cansancio. Y Héctor, simplemente, porque no quería. Mañana quizás me anime y tire el contestador a la basura. Hoy no. Muevo un caballo negro del juego.

Botella, vaso y cigarrillos. Me siento frente a la computadora. No había computadoras cuando me enviaron a Malvinas. Apenas un ayer largo. Me sigue la imagen de Héctor en el ataúd. Fue a cajón cerrado. Siempre hablábamos de que no queríamos ni velatorio ni nada, directo a las llamas. Lo mismo le había pedido Casimiro a Héctor, hasta se lo dejó por escrito. Yo lo leí. Recuerdo que un día, hace unos cinco meses, antes de las fiestas, Héctor me llamó y me dijo que venía para casa. Entró y, en un rito, nos servimos unas buenas medidas de whisky, encendimos nuestros respectivos cigarrillos, y nos sentamos en los sillones del living. Me miró: «Murió mi viejo. Ya arreglé con la cochería. Se van a encargar de todo». Levantó el vaso y brindó, *Sto lat.* Salud, dije, por el viejo. Héctor se levantó y fue hacia el balcón. Fue la única vez que lo vi llorar. Se llevó su historia. Me imagino a mí fuera de toda lógica existente. Fuera de toda existencia. Deambulando sin recuerdos ni pulmones. Nos encontramos en una esquina inexistente y vamos adonde no sabemos que existe. Bebo, fumo. Vuelvo.

De vez en cuando, nos decidíamos e íbamos a las reuniones que hacían algunos veteranos de nuestra compañía. Las primeras fueron amenas y hasta originales.

¿Te acordás de aquel? ¿Viste cuando pasó aquello? Etcétera. En las últimas a las que fuimos, cuando ya casi no quedaban botellas por vaciar, Héctor me codeaba y me decía «mirá ahora», y empezaba a alentarlos para que narraran sus anécdotas de Malvinas. Si bien siempre eran las mismas, les iban agregando pinceladas que potenciaban el cuadro. Volvíamos de las reuniones conversando, cada vez más asombrados, del modo en el que iban modificando las historias contadas. Así fue que nos llegamos a preguntar cómo habíamos perdido la guerra si teníamos tantos Rambos. Pablo, ¿te das cuenta de que es casi lo mismo que nos contaba mi viejo de los encuentros con excombatientes polacos de la segunda guerra? Al comienzo, eran todos caporales y, en la despedida, después de haber vaciado unas cuantas botellas de vodka, se saludaban comandantes. Cada uno arma su historia. Dejamos de ir. Era demasiado.

Las vivencias son las vías muertas de un tren tapadas por el polvo, y se asoman apenas aparece una brisa. El viento que dejó la Parca al llevarse a Héctor desempolvó mis recuerdos más ocultos. Cuanta más luz les da, más oscura se me hace la vida. Su resplandor enciega cualquier mañana. Durante la jornada, en la oficina. Los fantasmas y los pensamientos no aparecen. Los adormece la monotonía. Planillas, informes, memorandos y notas administrativas. Cuando estábamos en Malvinas, Pelazi me decía: «Nunca vi un tipo más estructurado y esquemático que vos, larga un poco»; me parece que esa particularidad fue la que me permitió continuar hasta acá, pero



ahora debo romper el molde, soltar amarras. Remontar vuelo. Planear sobre los territorios velados. La oscuridad solo interrumpida por la lámpara que alumbró el escritorio es el ámbito perfecto, y los fantasmas salen a danzar sobre el papel. Nada los reprime. Johnnie Walker. Lo que más me gustaba era cuando estábamos con Héctor y se escuchaba solo el choque de los cubitos del hielo, nosotros mirábamos por la ventana sin ver nada afuera. Setenta y un días en Malvinas. A partir del día setenta y dos fue cuando más nos necesitamos.

Llegó el otoño. Hoy me llamó Inés, mi segunda mujer. Quería saber cómo estaba. Hace dos años que nos separamos. Me quiere. Pero lejos. Ella es muy activa, trabaja en un estudio contable y le va muy bien, desea progresar. Crecer. Yo, línea de flotación. ¿Para qué más? Cuando estábamos juntos, traté de decirle cómo me sentía, de explicarle por qué hacía lo que hacía y por qué dejaba de hacer. Me hundía, y ella no sabía de qué manera tirarme una soga. Mis silencios se fueron haciendo cada vez más frecuentes y prolongados. Había arenas movedizas debajo de mis pies. Nada era cierto. Todo me daba lo mismo. Inés necesitaba certezas, afirmaciones, alguien que empujara a su costado. Íbamos en diferentes sintonías. Insistía en que no me hacía bien juntarme con Héctor, y tampoco ir a las reuniones de los veteranos. Que hiciera «algo» de mi vida. ¿Algo de mi vida? A mí, si yo lo único que hacía era justamente algo, buscar el sentido de la vida. Se pudo. Me dejó. Era previsible.

El tiempo no es lineal. Sé que no soy el que fue a la guerra. Fue él y volví yo. Me gustaría volver a encontrarme con aquel Pablo de antes, de antes de todo. Antes de ese momento en que mi vida pasó a un mundo paralelo. Quizás esté yo en él, y Pablo ni siquiera haya ido a Malvinas, ni siquiera haya cambiado de andén, ni siquiera haya sacado el número 715 en el sorteo para el Servicio Militar, ni siquiera haya nacido.

Las terapias no me sirvieron. Un psicólogo, un psiquiatra, nada. Me pedían que les contara un poco de mi historia. Les recitaba mi pasado. Les narraba una película en la que yo era el protagonista, simples imágenes con una voz en *off*. Mi infancia. Nací en Capital Federal, Palermo. Hijo único. Mis padres se separaron cuando tenía tres años. Mi padre se fue, y no supe de él hasta que terminé la secundaria. Después, de vez en cuando, se hacía ver. Mi madre trabajó de secretaria hasta que se jubiló. Sabía mecanografía y taquigrafía. Fue una mujer con empuje, nunca la vi bajar los brazos. Antes de que yo naciera, había estudiado en el Instituto Argentino de Secretarías Ejecutivas. Cuando iba a la oficina, me cuidaba mi abuela materna. Al principio, mi mamá alquilaba un monoambiente. Comencé séptimo grado, y nos mudamos a un departamento de dos ambientes. Con los años, me enteré de que un amigo de mi madre tenía otro amigo que era gerente del Banco de Italia y Río de la Plata, y que le había facilitado el acceso a un crédito. Al principio, fue duro. Poco tiempo después, vino el Rodrigazo. Mi madre me había mandado a pagar la última cuota del crédito, y

el valor fue casi el mismo que el del boleto del colectivo. Entonces, me inscribió en un colegio muy caro. Doble escolaridad, inglés, campo de deportes. Decía que prefería trabajar más y darme una buena educación para que fuera alguien. Creo que se privó de muchas cosas para hacerlo. La pifió en eso. Pagaba la cuota del colegio, pero yo no podía seguirles el tren a los chicos. Cuando volvían de las vacaciones de verano, hablaban de Pinamar, de Cariló; algunos, hasta de Europa. En invierno, muchos iban a esquiar a Bariloche. Yo ni siquiera aprendí a patinar. Sus casas eran tan grandes que, al jugar a las escondidas, podíamos estar horas sin encontrarnos. Mi madre creía que era lo mejor. En la secundaria, trabajé un poco de todo. Fui ayudante en un taller mecánico. A veces, venían mis compañeros del colegio con sus padres para que el mecánico les revisara el automóvil. Se ponían a mi lado para verme limpiar con nafta las piezas de algún auto. En esos momentos, les hubiera vaciado el tacho de nafta en la cabeza. Odiaba ese trabajo. Después, cobrador a domicilio de una editorial que vendía enciclopedias. Andaba con la guía Lumi. Me conocí casi toda la ciudad de Buenos Aires. Los pies me quedaban como empanadas. Cobraba comisiones. Fue en un verano. La puta, eso sí que fue patear en un horno. Cuando cursaba quinto año, fui empleado de expedición en un laboratorio de productos de veterinaria. Ahí aprendí lo que es poner el lomo como una mula. Los compañeros eran alegres. Siempre de joda, pero se laboraba. No fui un buen estudiante, hasta llegué a llevarme diez materias

en tercer año. Aunque nunca repetí. Tuve bicicleta; pocos, pero muy buenos amigos. Nunca me faltó nada. Y aparecieron las preguntas: «¿Y no sentiste la ausencia de tu padre?, ¿tu madre volvió a tener pareja?, ¿y esto...? ¿Y aquello...?». Todo AM (antes de Malvinas). Luego, pasaban a DM (después de Malvinas), pero de M, nada. Un bache. Cuando llegábamos al presente, bueno, ¿y ahora? Y ahora nada, por eso vengo. ¿Y qué te gustaría hacer que no hacés? Nada. Ah. ¿Y qué hiciste que no te gustaba hacer? Malvinas, les decía. Claro, pero eso no se puede cambiar. Obvio, chocolate por la noticia. Ninguno me preguntó por lo que viví allá. Nada de nada. Ponían en práctica lo que habían aprendido en la facultad, complejo de Edipo, Freud, Lacan, toda la linda teoría de manual. Una de las psicólogas me llegó a decir que hiciera diván. Fue la última vez que fui a su consultorio. No comprendían. El tiempo me enseñó lo que necesitaba saber. Que la vida es lo que hay, tómallo o déjalo. Y que cada uno le da el sentido que quiere a la suya. Me decían: Tenés que mirar para adelante, avanzar, pensar lo bueno de que estás vivo y de que tenés muchas cosas para disfrutar. Tu familia, tus hijas. Sí, sí. Claro. Por eso sigo viviendo. Recuerdo a la última terapeuta: mientras le contaba no sé qué de mi trabajo y escuchaba su repetido ajam, ajam, hacía un esfuerzo descomunal para no mirarle las tetas. Era frecuente que me dijeran: ¿Y vos qué querés de la vida? Y ahí nos quedábamos en silencio, mirándonos, hasta que terminaba la sesión. U otros, más prácticos,

no lo niego, ¿por qué no te anotás en un taller de escritura, de pintura, de alguna actividad que te guste? Preferiría no hacerlo. No veo el para qué de eso. Para aprender, para distraerte. Preferiría no hacerlo. No le veo el sentido. Bueno, quizás un viaje, conocer otros lugares. Valijas, aeropuertos, esperas, colas, amontonamientos, ¿para ver algo que ahora encima lo puedo ver por la Internet? Viajar para después volver y decir que estuve. No es lo mío. Paso. No lo necesito. Preferiría no hacerlo, era mi respuesta. Me sentía *Bartleby, el escribiente*. Y así quedábamos empantanados en el fango de la turba. Dejaba de ir. Cada uno tiene que encontrar su motivación para valorar la vida. Hay que abrazarla y hacerle el amor la mayor cantidad de veces posible. Una paja total, sabiendo de antemano cómo acabás. El más joven, creo que no había nacido cuando yo estuve en las Islas, se interesó en lo que viví en Malvinas. Me daba cuenta de que era más a título personal que profesional. Quizás me veía salido de la revista D'artagnan. Él tenía barba candado y me dejó fumar durante las sesiones, fue el que se jugó y me dijo: Lo suyo es estrés postraumático. Ah, ¿y? Soy un sobreviviente, superé la prueba, la muerte eligió al que estaba a metros de mí. Con Héctor nos entendíamos.

Con mi primera mujer fue diferente. Ante la separación, no comprendía por qué Clara me dejaba. Fue un balde de agua fría. Habíamos construido una familia. La mente y el tiempo dedicados a la crianza de las hijas, a darles lo mejor, a agrandar la casa, a hacer la vida más

confortable, más cómoda. Fines de semana con otras familias, con amigos, proyectos de vacaciones. Era lo que nos unía. Salvo sus quejas por mi obsesión del orden, y la rutina. Tener todo listo y acomodado como si en cualquier momento debiera salir corriendo. ¿Adónde? A las cuevas, y huir de las bombas. Cualquier otro pensamiento se ocultaba detrás de la obligación para con la familia. Era la contención de la represa. Quizás algunas pequeñas fisuras, pero enseguida eran tapadas. Los fantasmas estaban encerrados detrás de los barrotes de los afectos. Cada tanto enmudecía, callaba, una nube de silencio y ostracismo me envolvía. Un vórtice. Debajo de la superficie, las aguas seguían turbias. Los demonios hacían buceo. Clara respetaba esos momentos. No pedía explicaciones. Yo iba al trabajo y no lo cuestionaba, la oficina, lo soportaba. El tiempo pasó. Poco a poco, el cielo azul y totalmente despejado fue cubriéndose de nubarrones oscuros con olor a pólvora. Noche larga.

El resultado de las decisiones se ven a la postre. Cuando ya no hay vuelta atrás. Uno es artífice de su propio destino, dicen. Apruebo. Me había tocado el número 715, Ejército. Una tía era amiga o conocida, poco importa, de tipos con banca, y me había conseguido una reunión con un general, que ni remotamente recuerdo el nombre. Él me acomodaría en algún lugar desde donde pudiera seguir estudiando y tendría un horario de siete a catorce. Esos puestos, que casi siempre eran en algunos de los edificios del centro, eran pocos y muy codiciados. Tengo muy grabada la imagen de estar parado

en el andén de la estación de Coghlan que iba para el centro. En una hora tenía que estar en el Edificio del Comando en Jefe para la entrevista con el general. A la misma hora, mis amigos iban a juntarse para comer un asado. Cambié de andén y me fui a la reunión con ellos. Un cruce de vías. Hecho está el cambio de andén.

Un nuevo aniversario del 2 de abril. Un día más, feriado para la mayoría de la gente. Indiferencia para casi todos. Algún que otro político aprovecha la conmemoración para hacerse visible. Algún acto cortito y al pie del Poder Ejecutivo. Y chau. Con Héctor nos preguntábamos por qué no éramos reconocidos por lo que hicimos. Por qué teníamos que ocultar nuestra condición de veteranos de Malvinas. La única respuesta que me cerró y que todavía me cierra es que nosotros, a las generaciones de nuestra edad y a las de arriba, les hacemos recordar lo estúpidos y manipulados que fuimos durante la guerra. Héctor contaba que, el 2 de abril de 1982 a la noche, había ido a comer con unas amigas, vestido con el uniforme de conscripto. Cuando pidió la factura, se acercó el dueño y le dijo que corría por cuenta de la casa y le obsequió una botella de champán. Volvió a su casa en taxi, y tampoco el chofer le quiso cobrar. No entendía nada. Era una fiesta. Hacía unos días nos habían llevado a la Plaza de Mayo por si se requería la actuación del Ejército. Tres meses y medio después, cuando volvimos de Malvinas, no queríamos salir del cuartel con el uniforme, lo hicimos vestidos de civil. Era un duelo. Ya éramos pasado y, encima, un pasado de

perdedores. Se había terminado «esa» guerra allá lejos. ¿Qué es la guerra? No bombardeen Buenos Aires. Mejor no pienso más. Mejor bebo como lo hacía Leopoldo Fortunato Galtieri, «el Excelentísimo Presidente de la Nación Argentina». Salud.

Los días son iguales. Otoño. Estación del año en la que nació. Abril, mes de los poetas. Cumpilé veinte años, allá. Igual que Héctor. Era en abril. Enciendo un Parisiennes. Negro y fuerte. Exhalo y me envuelvo en el humo. Se disipa. Allá lo compartíamos. Uno para toda la ronda. A veces, llegaba a darle dos pitadas. El humo no se disipaba. Quedaba flotando en la oscura neblina. Me pregunto cómo habíamos llegado a encontrar el pub en el medio del pueblo. Con Héctor, Pelazi y Massot mantuvimos el secreto. No queríamos que nadie más lo supiera por miedo a que se nos cortara. Comprábamos cigarrillos 555 y chocolates Lindt, creo. Para llegar al pueblo, debíamos caminar algunos kilómetros, serían unos tres, por el único camino que había. Una vez que llegábamos a la entrada del pueblo, teníamos que esquivar a la Policía Militar que custodiaba el perímetro para que los soldados no ingresáramos. Era una película. Nos escondíamos, esperábamos que pasaran los policías militares y corríamos hasta la siguiente posta. Hasta llegar al pub. Hasta llegar. Trato de recordar el nombre. A Massot se lo tragó la tierra desde que regresamos. Nunca volvimos a saber nada de él. Héctor murió. Varias veces intenté hablar con Pelazi, pero hace rato que se borra. Busqué en la Internet para ver si encontraba algún dato



del bar y no, tampoco. Terminé preguntándome si existió realmente. Sin embargo, puedo ver y oler el lugar: la puerta con el esmalte rojo saltado en algunas partes, el piso de listones de pinotea que crujía al pisar, una red con las boyas descoloridas, el mostrador de madera lusturada, pinturas y fotos que colgaban en las paredes, y sobre el estante detrás del mostrador, unas pocas botellas con las marcas escritas en inglés. Arriba del mostrador, una lámpara de bronce con la pantalla amarillenta. Encendida. No había mesas ni sillas. Una sola ventana, tapiada. El ambiente impregnado del olor acre de la turba mezclado con el aroma de lejanos cigarros, que disimulaba el perfume de la cera del piso. Fue después de mi cumpleaños. Nadie puede atestiguar algunos momentos que viví. Es horrible.

Los días son iguales. Oscurece más temprano. Noches más largas. Cuando regreso desde la oficina, lo hago caminando. Nada ni nadie me apura. Me distraigo mirando a las mujeres. No hay como las argentinas. Siempre encuentro algo para destacar de su belleza, por más que el clima las haga taparse un poco. Son sensuales. Cuando estábamos en las cuevas, mientras bombardeaban o durante el día, y tan solo esperábamos que llegara la noche, muchas de nuestras charlas eran masturbadoras. No recuerdo que habláramos de mujeres y menos de sexo. Teníamos la edad en la cual las hormonas están al tope y la masturbación es cotidiana. Héctor me decía: Pablo, ¿te das cuenta?, teníamos dieciocho años, y por tres meses ni una paja,

estaríamos en el Guinness. Aunque si nos hubiéramos masturbado cada vez que recordábamos las pizzas chorreantes de queso de los puestos de Constitución, o las milanesas de la abuela de Pelazi, o los ravioles, o simplemente un sándwich de jamón y queso, habríamos muerto de anemia. Hoy ya no tengo apetito de nada, de nada.

Ya casi es la hora de volver a casa. Faltaría que suene el silbato de las fábricas del siglo XIX. Ahora es menos físico, nada más. Entra Lorenzo, mi jefe. Carpeta en mano. Lameculo de los socios. Me deja más tarea sobre el escritorio. Dice: Para ayer. Ya es una muletilla. Lo miro irse de la oficina. Se da vuelta. Creo que me vio el ademán de mandarlo al carajo. Se hace el boludo. Me importa un bledo. Es la hora. Agarro mi saco, y salgo de la oficina. Lo saludo con la mano. Está en su pecera. Me ve, atina a decir algo. Sigo. Mañana no se acuerda de lo que me pidió. Encima tengo que oler su perfume barato. Sé que se quieren deshacer de mí, él y los de más arriba. Por algún motivo que desconozco, no se atreven a hacerlo. Deben temer que por mi condición de veterano les haga juicio al despedirme así porque sí. No estaría mal. Nunca me consideraron, veo cómo me miran. Encasillado en «el excombatiente». Nunca un ascenso. Nada. Yo fui a Malvinas. Merezco respeto por haberme bancando sin chistar todo lo que padecimos allá. ¿Cuántos de los que están acá se habían ofrecido para ir como voluntarios?, ¿cuántos estuvieron en la plaza vitoreando la toma o pedían que no se pasara música en

inglés por las radios, y ahora me miran como si tuviera lepra? Carlos y Luis no fueron así. Unos compañeros de primera. Una sola vez hablamos de Malvinas, en un almuerzo. Nunca más. Por algo también se fueron de acá. No encajaban, muy humanos, demasiado humanos. Primero se fue Carlos. Y a los meses, Luis. Al principio, los tres nos veíamos cada tanto. Trabajaban cerca. Después, a Carlos lo trasladaron a Martínez. Con Luis nos seguimos encontrando muy de vez en cuando. Las obligaciones. Eso sí, nos comunicamos por wasap más o menos seguido. En la oficina, hago lo que me piden en las ocho horas que les entrego mi vida, ni un esfuerzo más. Al fin y al cabo, si ellos me encasillaron, que también se hagan cargo. Loco no estoy. Estoy afuera. Tomo aire. Fumo. Camino a casa.



